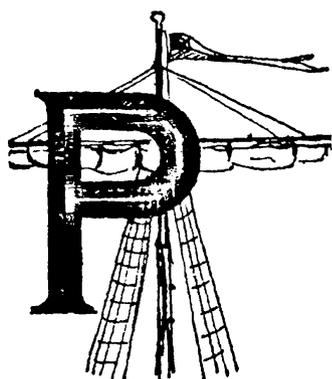


# El Ultimo Managua

Por

Pierre CHILI



**P**ANCHO Velacho?  
—¿Y cómo se acuerda, señor? No es de admirarse; no hay quien al tiro no me conozca aunque hayan pasao años: debe ser la estampita que me gasto, de esas que no se olvidan; no todos tienen mis orejas de arganeo de boya y esta preciosa nariz que es un espolón del Prá. ¡Los galonazos que lleva! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Lo conocí cuando usted era guainita de chaqueta corta y con tres gotones no más en las gocamangas en el "Oíngene". ¿Se acuerda de mí, que andaba cojo por haberme enrollado la guaraca en las piernas el contraamaestre con toda injusticia y por sacarle yo a su abuela?

Me tuvieron por esto una semana de plantón en la bita de popa a babor del "Oíngene". Me acuerdo que estando usted de guardia pasaba reseco por mi lao y oía a un gato que maullaba: hacía Ud. buscar al gato y no lo hallaba renunca. ¡Ahora se lo puedo decir: yo era el gato maullador parao en la bita y que buscaba! Jaja-ja. ¡Bonita la vida de a bordo entonces! Aunque retirao no he orvidao a la Marina, que hoy es harto distinta de entonces. Ya uno no puede platicar con los managuases de ahora: le hablan a uno de giróscopos, de fáyar control y de gálgulas heteroínas. Ya no hay acordeones a bor-

do sino que usan vitrolas, ni bailan cuecas sino que tangos y fostrotes. ¡Está perdía la Marina! Apuesto que en la actualidá al nudo de rizo lo llaman nudo de rosa... Si hasta se cuadran como los milicos los managuases: juntan y hacen sonar los tacos y se ponen tiesos como espeques. ¡Está arruiná la Marina, señor! Eran mejores nuestros tiempos en que nos enganchaban pal servicio.

Yo era de Chillán Viejo cuando llegó a mi pueblo un managuá de chompa y que encaramao en un escaño de la plaza discurseaba y discurseaba como un vendedor de remedios pa sacar muelas sin que a uno le duela. Tenía un diente dioro y dioro debía tener también la lengua para hablar tan relindo el tejo. "No hay como la Marina, decía. Viajes a las Uropas, pago en oro, mujeres que a uno se lo pelean y ropa de balde como la que llevo. Yo he tenido muy buenaza mano pal enganche. ¿No conocen ustedes de nombre a un tal Jorge Mon? A ese gallito lo enganché yo no hace mucho y ahora es el Director General de la Armé y es armirante y hasta fue Presiente de la República". Me quí boquiabierto cuando oí lo del armirante y me pesqué del espinel del enganche y me hice apuntar el nombre. El diente dioro me queó mirando y dijo: "Me filcito de haber enganchao a este mandurano que tiene facha pa comandante de acorazao y que hasta se parece en la nariz al espolón de uno de los buques que teni-

mos". Así fue como me embarqué, tocándome el mismo buque del managuá discursador, al que lo encontré pelando papas pal rancho al otro día. ¡Bueno el paliquero grande! ¡Ja-je-ja! Qué bonita la Marina entonces.

Me retiré goluntario a la fuerza, señor. Cuando el "Oíngene" llegó a Tarcaguano después del abrazo en el Estrecho de los Presientes don Roca y don Errózore, nos dieron cuatro días de permiso pa refrescarnos. Yo me juí a refrescar a Quiyota, a la casa de una comadre recariñosa y una hacha pa las fiestas. Al cuarto día le dije a la comadre y a los presentes: "Ya está bueno que la cortemos, porque se me le acabó la plata y el permiso". "No te vai na mejor", me dijeron. Yo me puse harto facho y como ese caballero de listona que lo mentan don Manuel Roirigue y que dicen que poniéndose la mano al pecho les dijo a unos cuantos: "Aún teñimos Patria, ciudadanos", me puse también una mano al pecho y con lotra mano en un potrillo de chácelo, les dije bien reserio a los fiesteros: "El deber es el deber y el deber es sagrao y me voy si uno de los que quiere que no la cortemos no le pone al tiro un tiligrama al comandante del "Oíngene" en Tarcaguano diciéndole que me prolongue el permiso porque se me le murió la madre y que el contador me mande plata pa los junerales".

Y salió el tiligrama. Como a los diez días me le bajó cargo e conciencia por no llegar contestación al tiligrama. "Ahora si es cierto que me voy, porque el deber es sagra-

do". Y las eché pa Tarcaguano a mi buque en donde me encerraron en una garita. Como me volviera alegaor, el guardiamarina del entrepunte me abrió un libro de los permisos del año paseo, en donde decía:

"Marinero Velacho... Cinco días de permiso por morírsele la madre en Temuco".

—¿Cuántas madres tenis entonces?

—"Oiga, mi guardiamarina, le dije secandome los escobenes de los ojos pa que viera que era verdá... Esta vez si que es cierto que se me le murió la madre".

El Consejo de Guerra me condenó por desertor pa expulsarme después de que cumpliera un castigo. Cuando me lo notificaron le dije entonces a mi capitán: "Si me han de echar tan injustamente, mejor me retiro goluntario".

Por eso dejé a la Marina, señor, por la injusticia tan regrande que me hicieron. Porque vamos viendo: si dije que se me le había muerto la madre, la madre era mía y no de ninguno de los que querían echarme; y si no se me le había muerto, mucho mejor tuavía. ¿No le parece? Pero con todo, era mejor antes. Ahora los managuases andan hasta con relojitos de pulsera pa que no los deje el bote, y no se entretienen con comadres quiyotanas, sino que sacan a pasear a las crías en cochecitos de guaguas con la señora a un costao, de guante la prójima que les pide cuenta hasta del último cobre pa pagar la "casa propia" y la cuota pa la vitrola. Está arruiná la Marina, señor. ¡No es como antes!

